



ESCULTURA RELIGIOSA

Angel Ferrant

La orientación que debe darse a la escultura religiosa ha de ser la de la verdad del arte, que nada tiene que ver, ni en pro ni en contra, con las demás ideas. Y la escultura tiene su verdad en las formas que le son propias, cuyo reconocimiento reclama atención. Porque las formas del arte, a la deriva, cuando soplan vientos que no son de su reino, se convierten en mera parte consustancial de otro campo ajeno a ellas por su naturaleza. Así, la música de circo o la torera me parecen magníficas, pero no como música en sí, sino como parte inseparable de esos espectáculos. Del mismo, las imágenes procedentes de las "fábricas de santos", me resultan encantadoras y adorables en los altares. Algo tendrá el agua cuando la bendicen. Y, en efecto, pienso que ese "algo" es lo que habrían de tener las esculturas que, destinadas a iglesias, se hacen con pretendida y rabiosa modernidad. Aun cuando enormemente más indignas de veneración a causa de su carácter extemporáneo sean aquellas que imitan a las antiguas. Tal vez la cuestión entrara en su cauce, si entre las devociones del creyente estuviese el arte, practicándolo incluso en sus ocios, como un rezo, y colocándose luego el producto en los altares al igual que han figurado los exvotos. Podrá calcularse quimérico semejante empeño, por más me lo parece querer recuperar de un salto, después de siglos, la vitalidad de la escultura religiosa. Y es que para elevar a la categoría de arte lo que degeneró en falsedad industrial, no vislumbro otro camino que el de una actividad que directamente arranque del alma. Del mismo modo que ha resultado sorprendente el arte de los niños tan pronto como se les puso en condiciones de expresarse a su modo, podría ocurrir si los creyentes tomaran contacto con las artes, pues lo más probable es que se reflejara en ese contacto el último reducto de su inocencia.

*Modelos destinados a la Iglesia Parroquial María Estela, de Palencia.
Angel Ferrant, escultor. Arquitecto: Ambrosio Arroyo.*



